

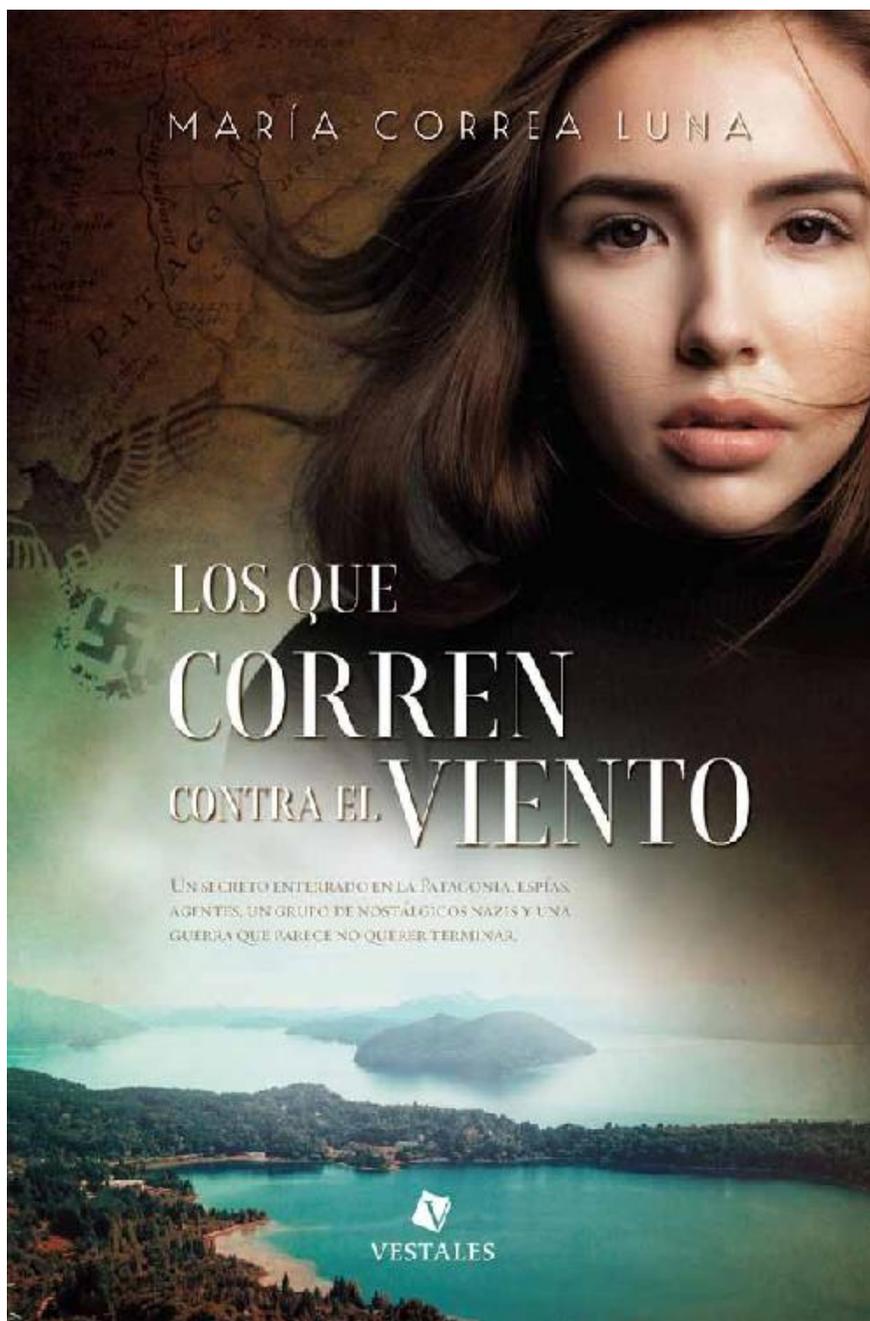
MARÍA CORREA LUNA

LOS QUE
CORREN
CONTRA EL VIENTO

UN RECHISTRO ENTERRADO EN LA TIERRA CON SU LEGIÓN
AGENTES, UN GELICO DE MONTAÑA DE NAZIS Y UNA
GUERRA QUE PARECE NO QUERER TERMINAR.



VESTALES



Correa Luna, María

Los que corren contra el viento. - 1a ed. - San Martín : Vestales, 2019.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-4454-41-6

1. Novelas Policiales. I. Título.

CDD A863

© Editorial Vestales, 2019.

© de esta edición: Editorial Vestales.

info@vestales.com.ar

www.vestales.com.ar

ISBN 978-987-4454-41-6

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2019

Todos los derechos reservados.

Quedan rigurosamente prohibidas,
sin la autorización escrita de los titulares del *copyright* ,
bajo las sanciones establecidas en las leyes,
la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento,
comprendidos la reprografía y el tratamiento informático,
y la distribución de ejemplares de ella
mediante alquiler o préstamos públicos.

*A Rufino, Isabel y Aurora,
en algún momento a mi lado
mientras escribo esta historia.*

*Mi amor infinito a los tres.
Siempre.*

A mis padres, siempre.

A los que corren contra el viento.

*It seems like yesterday
but it was long ago
Janey was lovely, she was the queen of my nights
there in the darkness with the radio playing low, and
and the secrets that we shared
the mountains that we moved
caught like a wildfire out of control
'til there was nothing left to burn and nothing left to prove
and I remember what she said to me
how she swore that it never would end
I remember how she held me oh-so-tight
wish I didn't know now what I didn't know then
against the wind
we were running against the wind
we were young and strong, we were running against the
wind.*

Against the wind , Bob Serger & The Silver Bullet Band.

*Vos sabés que había algo roto,
y por eso entraste aquí.*

Melodía simple, La Mancha de Rolando.

PRÓLOGO

Julia Durée se acomodó en la butaca del avión y observó alrededor. La cabina se encontraba vacía. Miró la hora. Pasaban de las tres de la mañana, y la aeronave de Interpol estaría lista para partir dentro de unos minutos. Su mirada se desvió por la ventanilla. Una leve llovizna cubría la pista de Fiumicino, los operadores nocturnos parecían flotar con lentitud por el lugar, y ella, por su parte, sentía que se hundía en recuerdos que, sabía, no la abandonarían. Un nudo que dolía se le había alojado en medio de la garganta para quedarse. No quería recordar..., pero no debía olvidar, nunca olvidar. Allí, sentada a solas en la nave, a la espera de que el resto del equipo se alistara para despegar, Julia comprendió que se embarcaba en la misión de su vida: la venganza.

CAPÍTULO 1

Tania se miró las manos. Estaban arrugadas, tan avejentadas que casi no las reconocía. Los dedos se habían convertido en una suma de huesos flacos colmados de venas azules que zigzagueaban bajo una capa traslúcida. Ya no parecían suyas, pero, si cerraba los ojos y recorría la piel aún suave, podía rememorar aquellas épocas en que la piel no era más que piel, y no un modo de identificación. No pudo evitar mirar con rapidez los números que tenía tatuados cerca de la muñeca. Cerró los ojos con dolor, como si de aquella manera pudiera espantar el pasado. Tragó saliva. Hacía tiempo que había hecho las paces con ese pasado siniestro que llevaba a cuestras, pero eso no quería decir que no la siguiera lastimando.

Abrió los ojos. La luz de la mañana se colaba por la ventana, y la nieve había teñido de blanco el parque tras el vidrio. Una pequeña sonrisa le asomó en la comisura de los labios. Era su momento favorito del día: un café frente a la chimenea, unas tostadas con miel y el calor del hogar. El aroma a pan tostado la trasladaba a otros tiempos, a otras latitudes; a épocas felices, cuando vivía con sus padres en una Polonia anterior a la llegada de los nazis, ajena al terror de la vida en los campos. La añoranza por sus padres y hermanos era tal que le dolía el cuerpo aun setenta y cuatro años después de lo ocurrido. No había día en que no pensara en Icko y en Cyla, o en su madre, que le traía chocolate caliente a la cama las mañanas de invierno. Casi sin esfuerzo, podía recordar cómo se sentía el calor del sol al filtrarse por las rendijas de la ventana de la casa de dos plan-

tas en la que vivían, sol que anunciaba la inminente llegada del día, los sonidos de la vida diaria, los aromas de aquella infancia. Una infancia que, a los doce años, había dejado de ser tal. La vida como la conocía nunca había vuelto a ser la misma luego de aquel enero de 1943, cuando había llegado a Birkenau. Solo recordar ese nombre hizo que el estómago se le revoliera. Dejó la taza de café que sujetaba en la mesa junto al sofá y se llevó los dedos hacia la palma de la mano izquierda. Respiró de manera profunda. Luego, con las yemas arrugadas por los años, subió hasta los números tatuados en negro a la altura de la muñeca y los recorrió uno a uno con parsimonia. Había demasiado sufrimiento en esos dígitos desprolijos que un soldado alemán le había grabado en el antebrazo, pero no le importó, porque aquel era el día en que se liberaría del pasado. Había llegado el momento de decir la verdad. No tenía nada que perder, era hora de revelar el secreto que había guardado durante tantos años.

* * *

Sanatorio de la Pequeña Compañía, Buenos Aires, julio de 1970.

Aurora Moreno sintió la última contracción en el preciso instante en que el reflejo de un rayo atravesó la sala de parto y tiñó el ambiente de un azul mortecino. Gritó. Gritó como jamás lo había hecho. Sentía que la rompían desde adentro, que el bebé en su interior pujaba por salir y le

destruía las entrañas. Apretó los dientes y estrujó otra vez la mano transpirada de Matías. “Ya viene”, decía él como si pudiera calmarla de alguna manera. “Que se termine –suplicaba ella–, que se termine”. La partera le daba órdenes, no entendía, no la escuchaba; ella quería que todo acabara. “Otra vez –le indicó–. Una vez más, que ya sale”. Y terminó.

El chillido del niño, un varón de más de cuatro kilos, inundó la sala, y la vida como Aurora la conocía cambió para siempre. Como si fuera una escena en cámara lenta, la mujer vio cómo los médicos atendían al recién nacido y su marido se iba con él. Ella, a merced de las enfermeras que la limpiaban y acomodaban, no dejaba de llorar. De repente le tuvo miedo a la muerte, entendió que era un ser finito y que, a partir de entonces, otra persona dependía por completo de ella. En ese instante comprendió que ya nada iba a ser como antes.

Arqueóloga de profesión, Aurora Moreno había dedicado la vida a estudiar, investigar y viajar. Lo había hecho hasta casi el fin del embarazo. Su marido, Matías Aguilar, un ingeniero abocado al negocio del petróleo, había intentado convencerla de que dejara de trabajar, pero al final había desistido. No estaba en la esencia de Aurora dejar la labor, amaba su profesión. En ese momento, sin embargo, mientras Aguilar traía en brazos al pequeño y se lo acercaba al pecho, comprendió que iba a tener que proteger a ese niño. No podía volver a internarse en la investigación en la que había invertido los últimos cinco años de su vida. Sintió que el corazón se le estrujaba. No podía retomar aquella quimera, tenía que cuidar al pequeño. Quizás había llegado el momento de abandonar ese esfuerzo por conocer sus propios orígenes e historia y dejar el pasado en paz.

—Ciro —dijo conmovida al observar al infante—, se va a llamar *Ciro*, que significa “gran señor”.

* * *

Ciro Aguilar tamborileó con los dedos sobre la rodilla tres veces antes de que el documento llegara ante sus ojos. Podía sentir toda la ansiedad concentrada en la mano que había dejado de moverse para apretar con violencia la articulación y podía oír cómo la respiración se le aceleraba. No obstante, sin titubear ni mostrar un ápice de aquella adrenalina que lo corroía por dentro, tomó con elegancia la lapicera de acero negro y clavó sus propias iniciales en cada una de las hojas de aquel documento con la certeza de que aquel instante era una bisagra en su vida. Al final, estampó su firma en la última página, se puso de pie y, sin más, se retiró del recinto.

A medida que avanzaba hacia su oficina, sintió que el corazón le latía cada vez más fuerte, pero no se inmutó. Tampoco pestañeó al sentir la mirada del nefasto doctor Winborrow clavada en la espalda luego de irse de la sala. James Winborrow había manejado la compra de Lauthen S.A. en nombre de la empresa Rache Inc., una sociedad que no parecía tener ningún vínculo con Cronos, su propia compañía, pero que, sin embargo, le pertenecía. Haber utilizado los servicios del estudio jurídico Winborrow —cuando había jurado nunca más hacerlo— iba en contra de todos sus principios, pero servía de manera fiel a la estrategia que

había planeado: que nadie supiera quién compraba Lauthen en realidad. Y cualquiera que conociera la historia entre ellos dos sabía que Ciro Aguilar no volvería a contratar los servicios de James Winborrow nunca más; Rache Inc., en cambio, sí. Así, había hecho a un lado el odio visceral hacia ese abogado de poca monta y había avanzado con el plan. Sonrió. Había obtenido lo que quería, y eso, por sobre todo, era lo que más le importaba.

Cerró la puerta tras de sí y se desplomó frente a la silla tras el escritorio, se aflojó la corbata y se despatarró sobre el asiento como si las fuerzas lo hubieran abandonado por completo. En ese instante notó que una sonrisa comenzaba a asomársele por la comisura de los labios. Era oficialmente el dueño del cincuenta y uno por ciento del paquete accionario de la farmacéutica Lauthen Sociedad Anónima. O sea que, en esencia, era quien tomaba las decisiones de esa puta compañía. Y pensaba destruirla.

Aguilar era un tipo difícil, introspectivo, arisco y muy reservado en la intimidad. Tenía cuarenta y ocho años, una exmujer y un séquito de vana idolatría que le atendía todas las necesidades. Trece años atrás, a los treinta y cinco, se había convertido en el millonario más importante del país y el más codiciado por las mujeres. Pero una sola parecía haberlo hechizado. "Una ilusión...", reflexionó cabizbajo Ciro, que, luego de un divorcio escandaloso, había retornado con celeridad al ruedo con la clara decisión de jamás volver a sucumbir ante una fémica y con la resolución de ejecutar el arte del amor como si de un negocio se tratara, un mero intercambio. Así, implacable y certero como era, Aguilar sabía que, aquel día, había hecho el negocio de su vida. Ya no había amor en sus días, pero sí mucho éxito, y aquella compra era el mayor logro de su vida. Sonrió con cierta

nostalgia. Los diez años anteriores no habían sido fáciles, no después del día en que había conocido la verdad sobre su propio pasado.

Un manto de tristeza, invisible y pesado, cubrió la oficina. El sol, a la distancia, iba desapareciendo, la penumbra avanzaba, y él, aún recostado sobre la silla, intentó ordenar las ideas. Los pasos a seguir habían sido pensados de manera eficiente y segura. No había quedado nada librado al azar, pues no confiaba en la suerte. Sabía que, para llegar a buen puerto, debía seguir a rajatabla los objetivos del plan que había trazado durante más de una década.

Notó que tenía los puños apretados. Recordar el pasado lo inquietaba. Trató de relajarse y, para eso, además de resoplar, se incorporó y caminó con decisión hacia la ventana; detrás, el Río de la Plata refulgía bajo los últimos rayos de sol. Volvió a inspirar, infló el pecho y mantuvo el aire dentro de la caja torácica más tiempo de lo normal. Luego, sin dejar de mirar la corriente, exhaló y, durante un momento, se permitió olvidar el mundo y enfocar la vista en el ploteado infinito del agua. Aquel remanso improvisado le dio, durante un breve instante, algo de paz, aquella que había perdido diez años atrás, en una noche para el olvido.

* * *

Julia se recostó sobre el sillón de la aeronave y cerró los ojos un momento antes de quedarse dormida. Volaba desde Roma a Argentina con destino Bariloche. La misión que la ocupaba implicaba compartir el trabajo con el agente Lao Lencke, un británico que había conocido hacía poco tiempo. No confiaba en él; había algo en la personalidad de ese hombre que no le cerraba. Sabía que Lencke era temido en el mundillo del MI6, donde era conocido como el francotirador más certero y eficaz de la agencia. Ella, en cambio, era la mente brillante. Pero no era la cabeza la que la había llevado a participar de esa misión. Esa vez, el corazón había sido el propulsor que había empujado cada partícula de su cuerpo hacia las tierras del sur. No había momento en la vida de Julia en que la necesidad visceral de venganza no la obligara a seguir adelante para concretar su plan. Sabía que, si lo hacía, no olvidaría, pero sería libre. Haber logrado participar de aquella quimera no había sido fácil luego de que la agencia hubiera decidido apartarla debido a lo sucedido. Pero ella se había negado. Nada ni nadie iba a impedirle alcanzar la venganza. Franz Lauthen iba a pagar, y ella iba a estar ahí para que lo hiciera. Nadie iba a robarle ese derecho.

Cerró los ojos. Estaba cansada. Se acomodó y estiró los brazos. No lograba conciliar el sueño. ¿Cuántas horas llevaban de viaje ya? Su cabeza se resistía a dormir. Tomó aire, exhaló. "Ya debería estar acostumbrada...", pensó resignada. Cada noche, cuando dejaba caer los párpados, el desfile de recuerdos se convertía en el peor tormento. Sufría. Volvió a moverse en el asiento, esa vez decidida a descansar, pues el cuerpo se lo pedía a gritos. Tenía sueño, mucho sueño..., pero las imágenes del pasado no le daban respiro. La imagen de Lauthen con una sonrisa sórdida la asaltaba. Apretó los puños fuerte, tan fuerte que los nudillos se le tiñeron de blanco. Luego volvió a respirar y se obligó a aflojar los dedos y la mandíbula. Ansiaba desterrar los re-

cuerdos de esos tiempos tormentosos, pero las imágenes que le atravesaban la cabeza la arrastraban al abismo. Resopló como si estuviera tratando de exorcizar los demonios que la carcomían por dentro y volvió a apretar los ojos con la determinación de pasar aquel vuelo con algunas horas de sueño. Pero Julia no podía descansar, hacía años que el pasado le había robado la posibilidad de dormir en paz.

Lao Lencke se había detenido a observar a su nueva compañera de equipo que, al parecer, luchaba contra el insomnio. Notó como se retorció en la butaca y luchaba por encontrar una posición que le permitiera reposar. No parecía lograrlo. Pasó varios minutos ocupado en analizarla sin que ella lo notase. Esa observación le permitió deducir que aquella lucha no era una simple disputa contra el desvelo, sino mucho más. Julia Durée estaba agotada. Se le notaba en las bolsas bajo los ojos, en las ojeras indisimulables y en el peso de las muchas horas trabajadas que arrastraba en su haber. Y, sin embargo, había algo que no le permitía abandonarse al mundo onírico. Continuó mirándola allí, al lado, en el avión, y fue en ese instante que notó una mueca de dolor en el preciso segundo en que, dedujo, se quedaba dormida. Vio cómo la agente fruncía los labios y apretaba los puños. ¿Qué la preocuparía tanto? Recordó que la agencia le había facilitado el dossier de su nueva compañera, una abogada de treinta y ocho años especialista en cibercrimen devenida en *hacker* estrella de Interpol luego de haber violado un búnker informático que se suponía infranqueable. Con sigilo y prudencia para no despertarla, ya que no quería que ella viera que estaba leyendo su historial, abrió el iPad y descargó el documento clasificado. Empezó a leer. Las primeras páginas no diferían demasiado de cualquier información de un agente de su rango. Infancia, educación, antecedentes familiares... El asunto se compliacaba a medida que avanzaba en el legajo. Tuvo que hacer una pausa antes de continuar. Se acomodó en el asiento y